Homilía 4-9-20 (Jueves Santo)
Quiero hablarte sobre un regalo. El Jueves Santo, Jesús nos dio el mayor regalo que podía darnos ... Él mismo. En la Última Cena con sus apóstoles, el Hijo Eterno realizó su mayor obra de misericordia. Alimentar a cinco mil con unos cuantos peces y panes, caminar sobre el agua, calmar el mar embravecido, fueron grandes manifestaciones de la divinidad de Cristo. Pero esta noche, el Salvador hizo algo mucho mayor. Nos dio el don de sí mismo en la Eucaristía. Cuando consagró la Eucaristía en la Última Cena, y apartó a los Doce como sacerdotes del Nuevo Testamento, Cristo se identificó con sus ministros de una manera maravillosa. Desde esa última cena hasta el último momento de la existencia del mundo, Cristo se comprometió a estar presente ante su pueblo cada vez que uno de sus sacerdotes obedece su orden: "Haz esto en memoria mía".
En el discurso del "Pan de vida", Jesús declaró que el Padre le había dado poder como hombre para dar a los pobres pecadores el don de la vida eterna. Él dijo: “No trabajes por el alimento que perece, sino por el alimento que perdura hasta la vida eterna, que el Hijo del hombre te dará; porque sobre él Dios el Padre ha puesto su sello ". La vida eterna, que solo él puede dar, viene a nosotros en este "Pan de Vida".
Esta es una semana santa extraordinaria. En este día que marca el establecimiento de la Eucaristía, se nos niega la Eucaristía. No debería decir 'negado', sino 'incapaz de participar'. Un feligrés compartió conmigo que se conmovió hasta las lágrimas mientras veía la celebración de la Misa porque se dio cuenta de lo mucho que extrañaba recibir a Nuestro Señor en Su Cuerpo y Sangre.
Sugeriría que una espiritualidad saludable podría ver esta extraordinaria Semana Santa, incluso con todas sus pruebas, como un regalo. Tal vez nos sentimos aliviados de tomar la Eucaristía como algo dado o concedido.